

ISBRÜK

David Vicente

ISBRÜK

PRE-TEXTOS
NARRATIVA

El jurado del XLVIII Premio Internacional de Novela Corta «Ciudad de Barbastro» integrado por doña Carmen Valcárcel como Presidenta, don Manuel Vilas, don Fernando Marías, doña Beatriz Rodríguez Delgado, don Luis M. Sánchez Facerías, don Sergio Gaspar y don Manuel Ramírez, de Editorial Pre-Textos, otorgó, en la ciudad de Barbastro, el día 19 de mayo de 2017, el galardón a la novela *Isbrük*, de don David Vicente



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *

Imagen de la cubierta: *Monumento a La Madre del Emigrante*, Ramón Muriedas

1ª edición: octubre de 2017

© David Vicente, 2017

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2017

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www-pre-textos.com

en coedición con:



AYUNTAMIENTO DE BARBASTRO

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-16906-57-4

DEPÓSITO LEGAL: V-2385-2017

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

A Cristina, por ser el mundo que habito

*... hay diez centímetros de silencio
entre tus manos y mis manos
una frontera de palabras no dichas
entre tus labios y mis labios
y algo que brilla así de triste
entre tus ojos y mis ojos...*

ANJA

AYER recolecté tomates. Hoy los he puesto al sol. Me he convertido en mi madre.

Mi madre siempre deshidratava los tomates al sol después de recogerlos en la huerta de la parte de atrás de la casa. Así se conservaban más tiempo y le aportaban más sabor a los platos. Eso decía.

En realidad no sólo está la cuestión de los tomates. También están las bolsas en los ojos que me devuelve mi imagen en el espejo, mi pelo desgredado, mi descuido general en la vestimenta, las arrugas que empiezan a aparecer en las comisuras de los labios con la misma forma de tela de araña que las suyas... Pero, sobre todo, está la soledad. En su caso como preámbulo de la locura. Quién sabe si también en el mío. Puede que el primer síntoma de su enajenación fuese secar tomates al sol.

Todas las mujeres de la familia desde hace generaciones han acabado locas. Locas y solas. O solas y locas. No estoy segura. Quizá todas deshidrataron tomates como punto de partida.

Desde que nos trasladamos a Isbrük, hace casi un año, apenas veo a nadie durante semanas. Ni siquiera a Andreas. Pasa largas temporadas en el mar. Ya lo hacía antes. Pero en la ciudad era distinto. Estaba Luissa y el día a día, siempre corriendo de un lado para otro. Ahora ella ha crecido, está en la universidad.

Poco a poco me he acostumbrado a la soledad. Me hace compañía. Incluso los escasos días que Andreas se encuentra en casa, no más de una semana cada tres meses, me siento extraña. No sé cómo comportarme. Recorro la casa sin rumbo fijo en busca de alguna ocupación, o trabajo en el huerto cultivando vegetales destinados a no ser consumidos o a ser deshidratados, mientras él lee o escribe en una vieja libreta con las páginas amarilleadas por el sol y el salitre. Ni siquiera me importa lo que escribe en ellas.

Por la noche, cenamos en silencio o con escasas palabras. Andreas nunca ha sido un buen conversador. Antes me molestaba, ahora lo agradezco. Después follamos. Él me penetra con su pene grueso, mientras sujeta fuerte mis caderas con sus manos callosas. Me gusta su pene y sus manos callosas. Sin embargo, la mayoría de las veces no logro humedecerme. Creo que a Andreas no le importa. A mí tampoco.

Andreas se duerme y yo sé que dentro de pocos días me quedará sola. No sé el día de su partida ni el día de su regreso. A veces cuando me levanto, temprano, to-

avía de madrugada, él ya no está. Otras, cuando regreso a la vivienda después de trabajar horas en el huerto, le encuentro sentado en el sillón, escribiendo en su viejo cuaderno.

EL anciano Olfräf recorre la aldea más o menos cada quince días con su vieja furgoneta. En realidad, Isbrük no es una aldea, es un conjunto de casas diseminadas encerradas en un valle.

Olfräf trae víveres: pescado desecado, cecina de caballo y leche. También acerca el correo que llega a la oficina postal a quien no puede o no quiere pasar a recogerlo.

Hace sonar el claxon de su furgoneta y espera sin abandonar el asiento del conductor y con el motor siempre en marcha. Si al cabo de unos minutos no ha salido nadie, se marcha. A no ser que traiga correspondencia. Si es así, a veces, se baja y la deposita en el buzón. Aunque no siempre. No por norma.

Por la ranura se introduce un sobre, después escucho cómo la furgoneta se aleja.

La carta es de Luissa. Me cuenta cosas de la universidad: los profesores, las asignaturas, la cantidad de trabajos que tienen que realizar... Se nota que es una carta escrita sin ganas, de manera apresurada. Ya casi al final nombra a Dabiz, un chico que comparte con ella dos asignaturas optativas. No dice mucho más. Sólo eso. Así que imagino que todavía no habrá intro-

ducido el pene en su vagina, pero que tarde o temprano lo hará y se complicarán las cosas.

Cuando Luissa nació pasaba noches enteras mirándola dormir en la cuna de madera que le construyó Andreas. Siempre ha sido muy bueno trabajando con las manos.

Tenía miedo a que dejase de respirar. Encendía la luz de la mesilla para ver el movimiento rítmico de su pecho, o situaba la mano a oscuras debajo de su nariz para comprobar que el aire seguía entrando y saliendo de sus fosas nasales.

Cuando Andreas estaba en casa dormía en otra habitación. El cuidado de un bebé no era cosa de hombres. Eso decía.

Creo que Andreas siempre quiso tener un varón. Un niño fuerte al que poder enseñarle todas las cosas que sabe. Un niño marinero al que poder llevar a la mar junto a él. Lo intentamos después de Luissa. Pero mi vientre no estaba preparado. Yo no estaba preparada. Los niños se derramaban en forma de coágulos entre mis piernas. Cada vez que un niño se derramaba, Andreas huía al mar y se refugiaba en él durante meses.

Ahora el mar es su hogar. Sé que algún día Andreas no regresará. Se quedará allí para siempre, puede que se convierta en un gran salmón, en uno de esos enormes peces que se cuelan en sus redes. Quizá ya lo sea.